

La perversión y la clínica psicoanalítica

Rolando Karothy
Lazos Institución Psicoanalítica de La Plata

En una clara diferencia con el neurótico, el perverso no se siente dividido y su acto consiste en dividir al otro. El perverso “se imagina ser el Otro para asegurar su goce”¹, lo que significa que –aunque parezca desafiar la ley– está lejos de ser un transgresor ya que su acto no apunta a rebasar un límite sino a poner de relieve la verdad de lo prohibido –verdad no dicha de la prohibición– que se llama goce.

El propósito del acto perverso es producir ese goce y mostrar así el núcleo de verdad de la ley, su naturaleza obscena y feroz –es decir, superyoica– disimulada bajo la fachada del interés en el bien común. El concepto de superyó, que evoca esa dimensión irracional, insensata y arbitraria de la ley, sería impensable sin la clara ilustración del mismo que la perversión provee.

El perverso no está al servicio de la transgresión porque él sirve más bien al límite. En efecto, el acto perverso tiende a mostrar que no hay otro límite, otro fundamento, para la prohibición del goce que el goce mismo y testimoniar así que no existe ningún fuera de la ley que no sea la ley misma porque ella es el exceso; exceso que no es sino el orden simbólico que viene a pervertir la naturaleza. El perverso pretende demostrar que no hay más estado “natural” del hombre que el de la ley que en su esencia es perversa y es por esto que él se posiciona como un practicante de la verdad.

La estructura perversa no se define por la búsqueda de la transgresión sino del goce del Otro. El perverso tiene necesidad entonces del Otro para que su acto le procure lo que busca. Lo importante no es el rebasamiento del límite sino el acto de forzarlo, de apoyarse sobre él más que ir más allá. Por esto el límite debe estar ahí, vigente. Todo esto no solamente hace del perverso, a pesar de las apariencias, un religioso, un creyente, sino el paradigma mismo del creyente.

El perverso logra articular goce y saber para situarse como un supuesto saber-hacer con el goce y esta articulación es la razón del carácter rutinario que lo distingue. Con su saber-hacer puede presentarse como un enamorado de la verdad, verdad de la castración que practica activamente sobre su compañero en beneficio del goce del Otro. El testimonio perverso es de amor por la verdad y goce del saber, a diferencia de la postura del neurótico quien ama el saber pero experimenta horror por la verdad de su castración que lo remite a la del Otro y a la imposible consistencia de éste.

El perverso se afirma en su determinación de tomar el lugar de objeto para negar así su división subjetiva. El acto, que al neurótico le produce horror, es para él el único medio de poner en juego esa determinación que es su desmentida en acto de la castración. Sin embargo, hay algo común a la neurosis y la perversión: la castración opera sus efectos en ambas de modo que la división subjetiva es inevitable y la relación sexual, imposible en lo real, tiene que simbolizarse, metaforizarse de alguna manera.

Pero el imperativo del fantasma sadiano, antes que su escenificación en lo imaginario de las escenas sexuales, es de entrada un mandato feroz, superyoico: “hay que gozar”.

1 Jacques Lacan: “Subversion du sujet et dialectique du désir dans l’inconscient freudien”, en *Écrits*, Ed du Seuil, Paris, 1966, pág. 824.

En este punto es donde se sitúa la posición singular del perverso en relación al cuerpo y al goce: “[el perverso] sabe, a este goce, recordarlo ahí, pero es para demostrar (precisamente por no llegar ahí sino para exaltar por su simulación una figura demostrativa) lo que ocurre para todos con el cuerpo, que éste sea justamente ese desierto”.²

El estandarte fantasmático del perverso

El afán perverso es la búsqueda incesante de quitar la barra sobre el Otro, es decir, de desmentir que el cuerpo, en tanto que simboliza al Otro, pueda ser “percibido como separado del goce”.³ La consigna de la perversión podría formularse así: *¡restituyamos el goce al cuerpo!* Tal es el “estandarte” fantasmático bajo el cual ejecuta sus prácticas; su esfuerzo consiste en “dar a ver y a creer... que el goce puede volver a habitar el cuerpo”.⁴

Si la inconsistencia lógica del Otro es lo que recibe el nombre de castración, el perverso se consagra entonces a la desmentida de ella.

Ahora bien, si para el perverso se trata de anular la incompatibilidad entre cuerpo y goce, puede decirse que efectúa esta anulación por medio de la puesta en acto de una escenificación en la que procura la reunión del goce con el cuerpo. En otros términos: esta escenificación intentar mostrar la posibilidad de la relación sexual entre el Uno y el Otro. “Asegurar el goce del Otro”⁵ llama Lacan a este propósito de hacer compatibles cuerpo y goce. Para esto el perverso se ubica en el lugar preciso esta disyunción, en el campo del Otro entre el cuerpo y el goce y con esta posición intenta cerrar la brecha del deseo, que se confunde con el goce. De ahí que en su *partenaire* en la escenificación surja la angustia, angustia que puede caracterizarse como el propósito último de la perversión.

Para lograrlo, en la lógica de su fantasma el sujeto perverso se hace objeto, se reduce a aquello que en el juego significativo es pérdida, es decir, *a*, refugio del goce: “el objeto *a* es esa parte del cuerpo donde el goce puede refugiarse”⁶, la parte del cuerpo que cae, que se elide y que, entonces, se inscribe como un lugar fuera del cuerpo. Ya en su seminario *La angustia*, de 1962-1963, Lacan llama al objeto *a* “la reserva última

2 Jacques Lacan: “La psychanalyse dans ses rapports avec la réalité”, en *Scilicet*, N° 1, Ed. du Seuil, Paris, 1968, pág. 58.

3 Jacques Lacan: *Le Séminaire, Livre XVI: D'un Autre a l'autre*, clase del 23 de abril de 1969, inédito.

4 *Ibid.*

5 Jacques Lacan: “Subversion du sujet et dialectique du désir dans l'inconscient freudien”, en *Écrits*, Ed. du Seuil, Paris, 1966, pág. 825 (“Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”, en *Escritos 2*, Siglo Veintiuno editores, México, 1993, pág. 805).

irreductible de la libido”.⁷ Pero para lograr el propósito señalado, el perverso tiene que localizar el objeto inaprehensible, el objeto-falta, y envolverlo en los espejismos imaginarios –la fachada fascinante y a la vez horrorosa que presenta al otro– donde pretende afirmar su saber-hacer con el goce. Así, por el rodeo de lo imaginario, hace consistir al objeto siempre ausente.

Le es preciso por esto “imaginarse ser el Otro”⁸, es decir, identificarse –masivamente– con la falta del Otro, su castración, para suplirla inmediatamente por medio de un taponamiento: él mismo es el objeto que la obtura. Este es el medio “práctico” del perverso para asegurar el goce del Otro: hacerse “el instrumento”⁹ de ese goce efectuando una “reposición” del objeto *a* –que es condensador del goce (perdido)– al Otro castrado, es decir, vaciado de goce.

Si este objeto puede considerarse lo caído, el resto de la operación significativa, el perverso apuesta a que no haya pérdida, o, aún más, a que en el caso de que ella se produjera no tenga efectos sobre el sujeto. Se trata de restituir la integridad del Otro, para lo cual el perverso se crea un Otro a la medida para asegurarse así un goce sin pérdida. En este sentido, él no es incauto (*dupe*) frente a lo sexual, él *des-miente*: a diferencia del neurótico, no miente ni se miente, desmiente la falta del Otro. Es como intenta obturar el hecho de que el objeto es el producto de la operación significativa, desmintiéndolo como resto inasimilable y suscitándolo para inscribirlo en el Otro. Para lograrlo construye escenarios a la vez fascinantes y horrorosos en los que procurará *dar a ver* lo que no se puede ver. Siempre con el propósito último de que no aparezca lo más abyecto: la castración de la mujer, que debe quedar oculta.

El perverso se refleja en el Otro, le da consistencia; pero en tanto instrumento de éste último no puede dejar de aniquilarse en él, lo que explica que la posición perversa básica es el masoquismo.

Para el perverso, por otra parte, el goce del Otro no constituye ningún enigma: él está en la posición de quien sabe hacer con dicho goce y no necesita por lo tanto producir un saber sobre el deseo inconsciente. En su estructura, el saber está presente desde siempre como un saber que, en la medida en que no lo produce, es también intransmisible. La posición del perverso se asemeja entonces a la de un “iniciado”, poseedor de un saber inefable, intransmisible. Con él puede consagrarse a un acto que tiene características muy particulares: es un acto en el que, a diferencia del acto en general, no se alcanza ningún saber sobre lo que, como sujeto, se es. El perverso se pone del lado del objeto,

6 Jacques Lacan: *Le Séminaire, Livre XIV: Logique du fantasme*, clase del 14 de junio de 1967, inédito.

7 Jacques Lacan: *Le Séminaire, Livre X: L'angoisse*, clase del 16 de enero de 1963.

8 Jacques Lacan: “Subversion du sujet et dialectique du désir dans l'inconscient freudien”, en *Écrits*, Ed. du Seuil, Paris, 1966, pág. 825 (“Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”, en *Escritos 2*, Siglo Veintiuno editores, México, 1993, pág. 805).

9 *Ibid.*, pág. 823 (*Ibid.*, pág. 803).

parece saber hacer con el goce del Otro y por esto coloca la castración sobre el *partenaire*.

La pulsión no es la perversión

Lo esencial de la perversión no es la satisfacción “directa” de la pulsión sino el modo en que el sujeto se ubica: “La pulsión no es la perversión. Lo que constituye el carácter enigmático de la presentación de Freud consiste precisamente en que él quiere darnos una estructura radical –en la cual el sujeto no está de ninguna manera aún colocado. Por el contrario, lo que define a la perversión es justamente la manera como el sujeto se coloca allí”.¹⁰

El sujeto de la pulsión es “acéfalo” pues ésta es pura actividad, trazado circular que se limita a hacer el rodeo (*tour*) alrededor del objeto sin llegar a poseerlo porque lo que procura es dejar la huella de ese recorrido, no alcanzar la meta: “La actividad pulsional del sujeto se consagra a rodear sus objetos para retomar esto y restaurar su pérdida original”.¹¹ En la perversión, en cambio, el sujeto se asume como objeto, es decir, se coloca en el lugar del objeto que la pulsión rodea. En este sentido, el objeto no es ya el objeto perdido causa del deseo, es el instrumento para la restauración del Otro; no es causa del deseo sino instrumento para desmentir la ex-sistencia de la causa. Lo importante es rechazar en los hechos que el orden simbólico produce la división del sujeto por carecer del significante que pueda decir el goce.

Con su acto el perverso tratará entonces de sostener la ficción de que no es el significante quien produce esa división sino *él* como objeto, poniendo del lado de su *partenaire* al sujeto dividido que es quien “no entiende”, se angustia y pregunta. Intenta así de un modo paradójico que la castración quede oculta como dato de estructura –la falta del Otro que se escribe S(A barrado)– tras la apariencia de que él como objeto es su ejecutor.

Plantear al perverso como alguien reducido –sobre una escena– a instrumento que lo fija en su tarea, permite captar que –en el sentido estricto– él no goza. Dice Lacan en 1967: “Es suficiente haber practicado con un exhibicionista para darse cuenta claramente que no se comprende nada de lo que, en apariencia, yo no diría lo hace gozar –en tanto él no goza– pero lo hace, al menos, y con la única condición de dar el paso que acabo de decir, a saber: que el goce del que se trata es el del Otro, con A mayúscula”.¹² La afirmación es contundente: el perverso no goza; en 1963 lo anticipaba: “El perverso no sabe gozar”.¹³

10 Jacques Lacan: *Le Séminaire. Livre XI. Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*, Ed. du Seuil, Paris, 1973, pág. 165.

11 *Ibid.*, pág. 165.

12 Jacques Lacan: *Le Séminaire, Livre XVI: D'un Autre à l'autre*, clase del 26 de marzo de 1969, inédito.

Se trata sin duda de una formulación extrema. Lo central a sostener es que el perverso trabaja con el fin de lograr la eficacia máxima: está tomado en una lógica utilitaria donde él se confunde con su instrumento, de hecho *es* su instrumento y no goza porque su propósito es producir el goce del Otro, no el suyo. Pero él ignora esto absolutamente –esta es la dimensión *inconciente* de la perversión– y esta ignorancia revela el lado de la perversión que permanecerá siempre como lo imposible de subjetivar: “Para decirlo todo, el perverso no sabe [...] al servicio de qué goce ejerce su actividad. No es, en todos los casos, al servicio del suyo”.¹⁴

Lo que él ignora es que trabaja para el Otro, para su goce: “Ustedes (neuróticos) no se consagran a que el Otro –es decir, yo no sé qué de ciego y quizá de muerto– goce. Pero al (perverso) eso le interesa. Es así. Es un defensor de la fe”.¹⁵ Ahora bien, ¿algo de ese goce puede ser subjetivado?, ¿se inscribe allí para él también un plus-de-gozar? En su seminario *De un Otro al otro*, de 1969-1970, Lacan aborda esta reducción de orden estructural del sujeto a la categoría de objeto: el perverso se hace objeto *a* para restituir al Otro precisamente ese objeto del cual este habría sido descompletado por la operación significante.

Por esto se puede afirmar que el perverso intenta no ser afectado por el *no todo* del goce femenino dejándose tomar fantasmáticamente en una lógica del *todo*. Desmiente el *no-todo* buscando hacer válida la afirmación de que el Otro como *todo* existe y por esto su goce es *todo*, todo susceptible de ser aprehendido.

Lo que no puede admitir entonces es que la feminidad sea *no toda* y que el Otro esté agujereado, esto es, que en última instancia no exista. Su desmentida no cesa de dirigirse hacia ambas afirmaciones. De este modo intenta producir, concretar, entificar ese goce arrebatándolo a su *partenaire*.

Un fiel servidor de Dios

Todo perverso, incluso si hace profesión explícita de ateísmo, es un fiel servidor del Otro divino a quien se trata de hacer existir y dar consistencia, en la medida en que Dios puede ser un nombre del goce que se trata de hacer posible, del goce del Otro más allá del falo, que puede colocarse tanto del lado de *La* mujer como del padre mítico de la horda: “Este goce que se experimenta y del que no se sabe nada, ¿no es lo que nos coloca sobre el camino de la ex-sistencia? ¿y por qué no interpretar una cara del Otro, la cara Dios, como soportada por el goce femenino?”.¹⁶

13 Jacques Lacan: *Le Séminaire, Livre X: L'angoisse*, clase del 27 de enero de 1963.

14 *Ibid.*

15 Jacques Lacan: *Le Séminaire, Livre XVI: D'un Autre à l'autre*, clase del 26 de marzo de 1969, inédito.

16 Jacques Lacan: *Le Séminaire, Livre XX: Encore*, Ed. du Seuil, Paris, 1975, pág. 71.

De hecho, la referencia a Dios es central en *Kant con Sade* y en el *Seminario X: La angustia*. En este último Lacan formula una tesis central: “la angustia de la que está en cuestión en la mira del perverso, en el fondo, es la de [...] Dios [...] el perverso se toma un trabajo loco, considerable, agotador, hasta fracasar en su fin, para realizar lo que, gracias a Dios, es el caso de decirlo, Sade nos ahorra de tener que reconstruir, pues lo articula como tal, para realizar el goce de Dios”.¹⁷ Esta afirmación puede relacionarse con la evocación que hace Lacan del lugar que ocupa en la ficción del marqués de Sade el *Ser supremo en maldad* en provecho del cual, sin saberlo, el libertino ejecuta su tortura ensañándose con su víctima hasta los infiernos eternos: “Cuando el goce se petrifica en él [en el fantasma sadiano], [el libertino, reducido al instrumento de su tortura] se convierte en el fetiche negro en que se reconoce la forma claramente ofrecida en tal tiempo y lugar, y todavía en nuestros días, para que se adore en ella al dios”.¹⁸

Como se desprende de sus textos, Sade promueve la exigencia de rebasar el límite del placer –límite al que se ciñen los libertinos de su época– para instaurar una ley moral más severa, cuya orden se resume a: “se debe gozar, es una obligación”. Se debe gozar porque así lo exige la Naturaleza que quiere gozar y nada debe hacer obstáculo a su goce destructor. La Naturaleza exige el crimen y la destrucción; sin embargo, en tanto es ella misma quien así lo impone, no puede haber entonces crimen contra ella. Su estatuto es pues el de la madre divina, finalmente intocable. En la obra del marqués la destrucción generalizada, la apología sistemática del mal, la valorización universalizante del crimen no cesan; pero todo esto, paradójicamente, para afirmar el lugar y la presencia del Otro divino. Insultar a Dios, mofarse de él, ultrajarlo, colocarlo como testigo del mal realizado sin afectos –con la más absoluta *a-patía*– no son sino diferentes formas de darle consistencia, de hacerlo existir. Sin Dios, el dispositivo sadiano cae: “El Ser supremo es restaurado en el maleficio”.¹⁹ En Sade Dios no desaparece, muestra más bien su verdadera cara: es el Mal.

Esta es una afirmación esencial para comprender toda lógica fantasmática perversa. En ésta el deseo del Otro toma el carácter de “voluntad de goce”²⁰ de la que el perverso es el ejecutor fiel e implacable. En este contexto hay que entender por voluntad “el orden de una razón puramente práctica”.²¹ Es la voluntad que “domina todo el asunto”²², pero

17 Jacques Lacan: *Le Séminaire, Livre X: L'angoisse*, clase del 6 de junio de 1963, inédito.

18 Jacques Lacan: "Kant avec Sade", en *Écrits*, Ed. du Seuil, Paris, 1966, pág. 772 ("Kant con Sade", en *Escritos 2*, Siglo Veintiuno editores, México, 1993 pág. 752).

19 *Ibid.*, pág. 770 (*Ibid.*, pág. 750).

20 *Ibid.*, pág. 773 (*Ibid.*, pág. 753).

21 *Ibid.*, pág. 767 (*Ibid.*, pág. 747).

22 *Ibid.*, pág. 775 (*Ibid.*, pág. 755).

no es la voluntad del sujeto sino la del Otro. Se presenta así como la voz de la conciencia, imperativa, es decir, incondicional, como voz que no interroga sino ordena. Esto tiene importantes consecuencias clínicas. El deseo del Otro regresa siempre al sujeto bajo la forma de un *Che vuoi?*, pregunta que “conduce mejor al camino de su propio deseo”.²³ Este retorno al “propio deseo” como lo específico de la neurosis es lo que el perverso intenta suprimir: al *Che vuoi?* del neurótico correspondería en la perversión un “¿Qué quiere él?”²⁴, ¿qué quiere él, este Otro? La respuesta a esta pregunta existe de antemano: quiere el goce, tal es su ley, es un “imperativo moral [...] ya que es del Otro que su orden nos requiere”.²⁵ Ante esta orden el perverso toma el lugar del ejecutor, haciéndose objeto para cumplir con el imperativo, frío, sin afecto, de la voluntad del Otro. Es a las órdenes de ésta última que trabaja, se aplica y no renuncia nunca. No cabe entonces sorprenderse de que tal o tal sujeto perverso sea... moralista, no sin talento ni éxito muchas veces en la historia de las ideas o de su época. No es sorprendente porque el perverso es el moralista por excelencia porque hace de su ritual la puesta en acto de su sumisión a la ley moral, ley que exige la eliminación de todo lo que la obstruye, de todo lo *patológico* –lo que tiene que ver son los sentimientos– en términos kantianos.

Esta finalidad de restituir *a* a *A* barrado hace de la perversión una modalidad de “suplencia”: “el sujeto en la perversión toma cuidado él mismo de suplir a esta falla del Otro”.²⁶ Suplencia en acto donde el “plus-de-gozar” se devela, es puesto al desnudo. El término suplencia indica esta función activa que cumple el objeto, objeto que es eso que el sujeto “se hace” en su fantasma.

La utopía perversa se basa en la meta –imposible de alcanzar– de reducir todo el espacio del deseo al goce. Pero en este sentido, en el seminario *El objeto del psicoanálisis*, Lacan observa: “Estoy sorprendido de que nadie haya advertido en el artículo de Freud sobre fetichismo el uso del verbo *Vermissten*, del que se puede ver que, en sus tres empleos en este artículo designa la falta en el sentido subjetivo, en el sentido en que el sujeto falla en su asunto (el asunto es hacer gozar al Otro)”.²⁷

23 Jacques Lacan: “Subversion du sujet et dialectique du désir dans l’inconscient freudien”, en *Écrits*, Ed. du Seuil, Paris, 1966, pág. 814 (“Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”, en *Escritos 2*, Siglo Veintiuno editores, México, 1993, pág. 794).

24 Jacques Lacan: “Kant avec Sade”, en *Écrits*, Ed. du Seuil, Paris, 1966, pág. 775 (“Kant con Sade”, en *Escritos 2*, Siglo Veintiuno editores, México, 1993, pág. 755).

25 *Ibid.*, pág. 770 (*Ibid.*, pág. 750).

26 Jacques Lacan: *Le Séminaire, Livre XVI: D’un Autre à l’autre*, clase del 23 de abril de 1969, inédito.

27 Jacques Lacan: *Le Séminaire, Livre XIII: L’objet de la psychanalyse*, clase del 17 de diciembre de 1965, inédito.

Hay siempre fracaso en el acto perverso, fracaso que depende de su propia lógica, sustentada en la creencia absoluta en que el Otro es incompleto pero no inconsistente – lo que abre imaginariamente el inventario de los medios para completarlo– y que la incompatibilidad cuerpo-goce es contingente, relativa, fruto de algún azar o cobardía pero no un hecho de la estructura.